

# CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

409

Julio  
1984

A Miguel Delibes,  
de su crítico, agrade-  
ciéndole lo <sup>mu-</sup>cho que le ha hecho  
reír con esta novela.  
Madrid, julio de 1984.  
Pedro Carrero



PRESIDENTE: José Antonio Maravall. DIRECTOR: Félix Grande. JEFE DE REDACCIÓN: Blas Matamoro. SECRETARIA DE REDACCIÓN: María Antonia Jiménez. SUSCRIPCIONES: Alvaro Prudencio. REDACCIÓN y ADMINISTRACIÓN: Instituto de Cooperación Iberoamericana. Avenida de los Reyes Católicos, 4. Madrid-3. Teléfono 244 06 00, extensiones 267 y 396. DEPÓSITO LEGAL: M. 3.875/1958. ISBN: 0011-250-X. IMPRIME: Gráficas Valencia, S. A. Los Barrios, 1. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid).

INVENCIONES Y ENSAYOS

- OVIDIO GARCIA REGUEIRO: *Sobre el comercio español con Oriente en el siglo XVIII* (5).
- OLGA OROZCO: *Fundaciones de arena* (35).
- MARIA DE LAS NIEVES PINILLOS: *En el centenario de Rómulo Gallegos* (42).
- MANUEL ALVAR: *Proyecto de un atlas lingüístico de Hispanoamérica* (53).
- HECTOR ROJAS HERAZO: *Señales y garabatos del habitante* (69).
- KAZIMIERZ SABIK: *La narrativa española en Polonia* (77).

NOTAS

- HERBERT CRAIG: *Proust y Mujica Láinez: la memoria asociativa* (101).
- ANGEL PUENTE GUERRA: *Mujica Láinez, o el lector cómplice* (106).
- NIGEL DENNIS: *José Bergamín, dramaturgo* (111).
- EDUARDO GUERRERO DEL RIO: *Sobre el teatro chileno en el XIX* (117).
- CARMEN BRAVO VILLASANTE: *El arte de los jardines* (128).
- GONZALO SANTONJA: *Una encuesta política en la España de la preguerra* (138).
- CARLOS AREAN: *Dos exposiciones modélicas: Cézanne y Munch* (151).
- BLAS MATAMORO: *Goethe y Freud* (158).

LECTURAS

- JORGE VEHILS: *Borges y Dante* (165).
- ALBERTO GARCIA FERRER: *La edad de la memoria* (168).
- JORGE USCATESCU: *Poesía de Milosz* (170).
- JUAN QUINTANA: *Un epistolario de Felisberto Hernández* (172).
- ISABEL DE ARMAS: *Reediciones de José Luis Sampedro* (174).
- LUIS ALBERTO DE CUENCA: *Sobre Zifar* (178).
- SABAS MARTIN: *Tantas veces Bryce* (181).
- ESTEBAN PADROS DE PALACIOS: *A bordo de las islas extrañas* (185).
- PEDRO CARRERO ERAS: *Cartas de amor* (187).
- FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA: *Lope de Vega en su trayectoria poética* (194).
- R. CESAR MONTESINOS: *Ahora es preciso morir* (198).

A LAS PUERTAS DEL LIBRO

- RAFAEL ADOLFO TELLEZ: *En la tarde remota* (205).
- JUAN VICENTE PIQUERAS: *Me lo ha entregado el mar* (210).

Cubierta: César Olmos

indicación de su significativa realidad. El libro se inicia y acaba en lo cotidiano. Entre estos extremos, la sólida aceptación de lo maravilloso. ¿Pero acaso lo maravilloso no duerme con claridad irreconocible en cada una de las horas de nuestra oscura vigilia, tiranizada por los cegadores focos con los que nos interroga inexorable lo inmediato? Enrique Badosa transmuta en sueños luminosos de arte y significaciones las sombras de la vigilia. Y por un momento hace que una nueva realidad, quizá por extraña más verdadera, nos sustraiga de la irrealidad obviamente aceptada con la que nos contamos la historia nuestra de cada día.—ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS (*Ausías March*, 31. BARCELONA-10).

## Cartas de amor \*

Encuadrada en su última producción y contrastando con ella —y casi podríamos decir con toda ella, desde ese existencial pesimismo que despuntaba en *La sombra del ciprés es alargada*—, Delibes ha escrito un *divertimento*: *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*<sup>1</sup>. Nada aquí de las violencias traumáticas y el correr de la sangre de *Las guerras de nuestros antepasados*, *El disputado voto del señor Cayo* o *Los santos inocentes*, novelas en las que el humorismo, siempre presente en el autor vallisoletano, constituye un elemento secundario o periférico. Pero, claro está, dado que el héroe novelesco es siempre, como apuntaba Lukacs, un héroe problemático, el voluptuoso sexagenario firmante de esas cartas, Eugenio Sanz, no puede sustraerse a los rasgos negativos que frecuentemente adornan la condición humana y que, en este caso, salpican el relato epistolar de graciosos e incluso crueles detalles, preludivando el casi esperado desenlace. Así, al margen de ese final rezumante de traición y de ilusiones perdidas, el lector habitual de Delibes puede ir deshilvanando ingredientes ya no tan risueños, como la represión sexual —y su inevitable raíz familiar, rayana en lo incestuoso—, las ambiciones ya conseguidas y ya frustradas —en el marco de los vaivenes de una posguerra de depuraciones y arribismos—, la actitud crítica ante «la paja en el ojo ajeno» —anticipada por la cita de Proust que preside el libro—, todo ello sobre un telón de fondo de alifafes propios de la edad —vividos como auténtica hipocondría—, de tufaradas de recetas gastronómicas y de mucha mesa camilla ante el televisor.

Si ahora mismo se le concediera el premio Nobel a Miguel Delibes, se diría, más o menos, en esas estereotipadas y escuetas informaciones de urgencia que nos suministran las agencias de noticias, que tal premio se le ha otorgado en virtud de haber sabido reflejar como nadie, en un mundo en progresiva industrialización y mecanización, un medio rural agonizante, unos tipos populares y un campesinado sujetos al ostracismo y a la emigración, y un paisaje natural, con toda su flora y fauna, abandonado o degradado. Y si así fuera, el seco trallazo informativo de alcance

<sup>1</sup> En adelante, cito siempre por la primera edición, Ediciones Destino, Barcelona, octubre de 1983.

\* El título original que yo le di — y que luego me cambiaron — era: El "sexagenario", de Miguel Delibes: encuentros en la tercera edad.

olvidaría un detalle tanto más significativo: que Delibes ha sabido retratar también en sus novelas a una entrañable clase media provinciana marcada por el susto de la guerra civil y sus consecuencias. Y en esta línea se sitúa nuestro héroe, Eugenio Sanz Vecilla, de apellidos premeditadamente grises, con sus muchos años de asignatura pendiente y de virginidad auestas, que un día, en la consulta de un médico, deja reposar su distraída mirada en un anuncio sentimental —contactos, encuentros, etc.— de una de esas revistas. Y a la vejez viruelas.

Lo interesante del procedimiento epistolar —desde la época de Valera a nuestros días, por citar un ejemplo clásico— es que la reacción y respuesta del destinatario quedan aplazadas, lo que da pie al lector a toda clase de suposiciones e incide en la tensión, el suspense o el humorismo del discurso narrativo, según proceda. Es también, en cierta medida, y recordando a Castellet, *la hora del lector*, pues éste recrea y se anticipa a los hechos, al imaginarse la acogida que del contenido de la carta hace el *silencioso* corresponsal. Así, una característica de la lectura de *Pepita Jiménez* es el ir adivinando el efecto que, paulatinamente, hacen en el señor deán las cartas de su sobrino, en las que se va reflejando de forma palmaria su evolución sentimental. Claro está que, en el llamado género epistolar, se le suministran en las cartas al lector indicios de lo que ha sido y está siendo la reacción del destinatario, por ejemplo, al estilo de «Dice usted que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga» (*Pepita Jiménez*), o «No, en contra de lo que usted cree, no soy un televidente empedernido» (el *Sexagenario*, pág. 47), y que este rasgo aparece de forma más acentuada en la novela de Delibes. Pero es evidente que el procedimiento epistolar no contrastado —es decir, el que *oculta*, salvo los indicios apuntados, las cartas del otro corresponsal, en este caso la presumiblemente exuberante y a la par jamona Rocío— presenta un diálogo demorado y desconcertante que hace trabajar la cabeza del lector por los vericuetos de la intriga novelesca y del humor fino, lo que permite lucubrar sobre el contenido de la carta o cartas siguientes, rastrear el proceso sentimental de la exótica andaluza e incluso apostar por la conclusión de esos amores a través de la letra.

Y mediante esa técnica tan sencilla y su habitual dominio de la palabra —el que ahora se necesita para dar vida y caracterizar a un viejo periodista como es Eugenio Sanz—, Miguel Delibes va trazando, con crudeza de novelista, el perfil humano de su héroe, más antihéroe que otra cosa, figura gris como la de millares de seres casi orwellianos, que apestan a Seguridad Social, a derechos pasivos, a declaración de la renta, a recuerdos de monotonía de lluvia tras los cristales en el salón familiar, a enfermedades imaginarias y neurosis de taponos en los oídos, a lujuria de guisotes y a estética de bordados de la hermana fiel, centros de mesa que amarillean sobre el aparador de formica. Es este el recuento de miserias que contrasta, en la última novela de Delibes, con una pasión voluptuosa tardía y distante, como las miserias crematísticas y alimenticias del señor Grandet contrastan y se dan de bofetadas, en el paso del Romanticismo al Realismo, con la delicada y amorosa imagen de su hija Eugénie.

Quizá sea ésta una visión muy despiadada e incluso inexacta del protagonista y firmante de las cartas<sup>2</sup>, pues no todos esos rasgos en cascada que, un tanto

<sup>2</sup> En mi descargo diré que tampoco Delibes parece ser demasiado benévolo con su personaje, al que acusa de «oportunismo» y «malas artes». Ver la entrevista de Angeles García publicada en el suplemento

implacal  
sí al arq  
humano  
técnica  
reflejado  
de lectu  
de delib  
estilo ep  
arcaísm  
el tamiz  
hasta co  
Unamu  
manías,  
recuerd

En  
opuesto  
represe  
detalles  
un reac  
conten  
siempre  
que tar  
salga c  
(págs.  
ha obs  
¿Vio la  
judío?  
desde  
ante la  
dar un  
cuando  
y ve p  
fortun  
eso sí,  
de ser  
person

La  
por ej  
las an  
País V  
niñas

Libros  
novela

implacablemente, hemos apuntado, se corresponden a la figura de Eugenio Sanz, pero sí al arquetipo por él representado. Tengamos en cuenta que, además, está el valor humano, cálido y real que Delibes confiere a sus personajes, sobre todo a través de la técnica del diálogo, y del que resulta un espejo en el que cualquiera puede verse reflejado. Por otra parte, la imagen del periodista que se ha hecho a sí mismo, a costa de lecturas autodidactas, mucha corrección de pruebas y ríos de tinta plumífera —eco de delibianos recuerdos de un *El Norte de Castilla* entre bastidores— se traduce en un estilo epistolar y un lenguaje poco comunes, en que, con frecuencia, se mezclan el arcaísmo, el tecnicismo y la pedantería con gotas de una solera lingüística local, bajo el tamiz de un permanente tono remilgado y retórico y de un formalismo obsesivo y hasta contagioso. Es la cultura, incluso, de quien proclama haber leído a Freud, a Unamuno, a Ortega, y es hasta medianamente consciente de sus propios defectos y manías, pero que no está dispuesto a enmendarlos, con esa terquedad de los años, los recuerdos amargos y el peso de los achaques reales o inventados.

En esa configuración del «antihéroe» que decíamos es Eugenio Sanz —lo más opuesto al «intelectual español esforzado» que, según palabras de Gonzalo Sobejano, representa el fallecido marido de Carmen en *Cinco horas con Mario*—, no podían faltar detalles y tópicos de masas que le aproximan a lo que vulgarmente entendemos como un reaccionario (o al menos como un «neutro», si queremos atemperar adjetivos de contenido semántico encanallado): «Soy apolítico, desde la infancia lo he sido, y de siempre he considerado la política como un mal necesario. Quiere decir esto, señora, que tanto me da que la moneda caiga de un lado como del otro, que salga cara o que salga cruz» (pág. 67). Y por si esto, unido a su manifiesta fobia contra los jóvenes (págs. 74 y 100), fuera poco para caracterizar actitudes negativas y recelos, antes nos ha obsequiado con una perla de este calibre: «A propósito, ¿ha leído usted *Holocausto*? ¿Vio la versión de la novela en televisión? ¿No será un exutorio (sic) del capitalismo judío? Me gustaría conocer su opinión» (pág. 46). En su pretexto de que «únicamente desde esta posición neutral puede emitirse un juicio abierto» (pág. 67), Eugenio Sanz, ante las reticencias del hijo de su admirada correspondiente, no acierta, sin embargo, a dar una explicación satisfactoria de lo ocurrido en el periódico durante la posguerra, cuando es aupado por otro advenedizo, Bernabé del Moral, al puesto de redactor-jefe, y ve posteriormente frustradas sus aspiraciones al de director. Próspera y adversa fortuna de «un ser refractario a toda ideología, un simple trabajador», que no deja, eso sí, de aventar la paja en el ojo de sus compañeros de redacción. Un episodio más de servidumbres y resentimientos que contribuyen a trazar el perfil grisáceo del personaje.

La actualidad política del país, que nunca falta en las novelas de Delibes —véase, por ejemplo, su *aggiornamento* en *El disputado voto del señor Cayo*— muestra su reflejo en las andanzas y transformación de Julito, un paisano de Eugenio Sanz, que emigró al País Vasco por los 60 y ahora se ha vuelto más papista que el Papa: «... llama a las niñas Begoña y Aránzazu y al niño le dice Iñaquí. En la luneta trasera del coche lleva

---

*Libros de «El País»* (6 de octubre de 1983, pág. 3), a continuación de un artículo de Rafael Conte sobre esta novela, titulado *El escritor y la piel del personaje*.

una pegatina con una ikurriña y una leyenda en vascuence. El hombre está muy integrado... (...) todo se le vuelve decir: "Porque nosotros los vascos..."» (pág. 24). Creemos que, en este caso, no cabe achacarle a Eugenio Sanz el comentario socarrón, sino más bien al propio Delibes, que, oportunamente, habla por boca de muchos otros perplejos y desapasionados observadores de la cuestión vasca.

El análisis de las *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* quedaría cojitrancado si no se abordara su aspecto erótico, que aparece explícitamente en el título y en estrecha relación con el humorismo del libro. Para empezar, Eugenio Sanz es increíblemente virgen, como así lo manifiesta, con su acostumbrado estilo relamido, a su presunta lozana andaluza: «Creo que ya es hora de decirte que, pese a mis sesenta y cinco años, no he conocido mujer en sentido bíblico» (pág. 83). Es decir: un tronco muy grueso que añadir al fuego del estupor y lá desconfianza que ya se está alimentando en la viuda. El personaje se instala, así, en una familiar galería de tipos «raros», muy del gusto de Delibes, y que suelen constituir, con sus excentricidades auestas, el soporte problemático del decurso narrativo. La voluptuosidad de Eugenio Sanz parte de un *voyeurismo* practicado con morbosa fruición durante años y años de abstinencia: «De chiquito miraba a mi hermana (Rafaela) como a una diosa, su cuello altivo, sus pugnaces pechitos insolentes, su cintura flexible, inverosímil, realizada por las curvas rotundas, ondulantes, de sus caderas» (pág. 48). Y el mirón esgrime ahora sus más afilados recursos lingüísticos al acusar recibo de la (engañosa) foto de Rocío: «¡Qué bien te ha tomado el sol! La facilidad para captarlo es una prueba más de tu noble calidad de carne. (...) Hay, en fin, la gracia indescriptible de tus senos, mínimos y prietos como dos piñas, semejantes a los de mi difunta hermana Rafaela cuando hace años se soleaba en esta misma galería donde ahora escribo. ¿Diste el pecho a tus hijos, amor? Sencillamente increíble» (pág. 82). El lector observa regocijado cómo las «ocurrencias» de Eugenio se acumulan carta tras carta —en las que ya la consabida obsesión incestuosa es casi un manifiesto a voces—, y así la relación sentimental se precipita hacia un desenlace cargado de negros nubarrones. Uno no deja de imaginarse los contornos psicológicos de Rocío, chistosa como buena andaluza, pero al mismo tiempo ferozmente calculadora, que pasa de la perplejidad al recelo y que juega un poco al ratón y al gato con un pedante que no cesa de echar piedras sobre su propio tejado con el relato de sus manías y complejos freudianos, y con sus redichas explicaderas domésticas. En el fondo, Rocío no es otra cosa muy distinta a Eugenio —por ejemplo, un físico en estado ruinoso—, pero ella, con el característico sentido práctico femenino, *va a lo suyo* y toma nota, llena de naturales precauciones que desembocan en la ñoñería de entrevistarse con Baldomero Cerviño, *pidiendo referencias*, lo que da un quiebro definitivo a los ya deteriorados amores epistolares y hace posible el temido final pesimista muy a la manera delibiana.

Lo despiadadamente burlón es que Eugenio, venciendo su natural timidez y con toda clase de circunloquios, ha desvelado su intimidad y todo termina en agua de borrajas. La siniestra moraleja apunta a las inversiones y empresas sentimentales que acaban en la ruina: en la soledad —punto de partida del libro— y en el ridículo. Eugenio ha abierto a Rocío no sólo su alma, sino también su cuerpo, e incluso sus intestinos, sin eludir detalles escatológicos, como los que hacen referencia a su

está muy (pág. 24). socarrón, muchos otros ojitranco si en estrecha eíblemente tu presunta cinco años, muy grueso ando en la », muy del el soporte arte de un encia: «De altivo, sus las curvas ra sus más cío: «¡Qué e tu noble mínimos y ando hace a tus hijos, cómo las consabida imental se imaginarse al mismo e juega un su propio s redichas a Eugenio co sentido iones que referencias, ce posible dez y con n agua de ntales que l ridículo. ncluso sus ncia a su

estreñimiento pertinaz: «A estas alturas, si no ingiero laxantes no deyecto y si los ingiero a diario irrito el colon. ¡Terrible alternativa!» (págs. 90-91). Detalles como el indicado, que nos provocan no sólo la sonrisa, sino también la carcajada —sobre todo pensando en la reacción de la andaluza—, menudean en las cartas y tienen su punto álgido —orgiástico y pringoso— en la descripción del sueñecito o plácida modorra que suele invadir a Eugenio después de comer: «La cabezada dura poco, minutos, pero duermo profundamente y con un regodeo tal que al despertar me doy cuenta de que he babeado. Babear durante el sueño es indicio de placidez...» (pág. 114).

Sin que esos amores hayan podido tener una realidad más allá del papel, Eugenio ha dado rienda suelta, entre otras cosas, a la confesión de sus esclavitudes orgánicas, en bata y zapatillas, con la sinceridad recelosa y terca del que prefiere curarse en salud y avisar a ser traidor. Mediante la palabra escrita ha reproducido, con espanto de la viuda, la cara oculta que corresponde a las sorpresas de un trasfondo matrimonial. Y, claro está, como la felicidad es imposible —la vana esperanza, en este caso, de que nunca es tarde si la dicha es buena—, el amor y el entusiasmo quedan ahogados de raíz.

En definitiva, ese colofón de desdicha, vergüenza y soledad era lo que podíamos esperar —y, si no, no habría novela—: es el Delibes auténtico, que nos guiña un ojo burlón, muy a tono con su obra de siempre, sin perjuicio de que a lo largo de sus libros nos haya hecho reír y pensar, y ofrecido el realismo de unos personajes inolvidables.—PEDRO CARRERO ERAS (*Modesto Lafuente*, 78. MADRID-3).

## Fermín Cabal, algo más que un dramaturgo \*

Coincidiendo con la presentación en Madrid de su último espectáculo, *Vade retro!*, aparece este primer libro <sup>1</sup> que recoge junto a esa obra dos de sus anteriores estrenos. Uno de los más cualificados hombres de nuestra nueva escena, Fermín Cabal no es escritor de literatura, según él mismo aclara, sino un hombre de teatro, y que entre sus trabajos está, naturalmente, presentar un texto, pero como también lo está del mismo modo la escenografía, el montaje, la dirección. Su formación en el teatro total, como podría llamarse, creo que se nota decisivamente. Es este conocimiento, esta sabiduría que aporta la nueva generación de hombres de teatro lo más sobresaliente de su contribución. Los grupos independientes, además de ser el único canal de expresión que encontraron a su alcance, fue la gran escuela de aprendizaje, en donde las cosas se hacían colectivamente, se intercambiaban opiniones y experiencias. Todo lo que supuso la compañía colectiva quedó reflejado en un coloquio que se publicó

<sup>1</sup> FERMIN CABAL: *Tú estás loco, Briones. Fuiste a ver a la abuela???, Vade retro!* Editorial Fundamentos, Madrid, 1982.